

EL OJO DEL COCODRILO



VAL PLUMWOOD



Cactus serie OCCURSUS VMS

Plumwood, Val

El ojo del cocodrilo / Val Plumwood - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2024
160 p.; 22 x 15 cm - (Occursus ; 52)

Traducción de: Valentin Huarte

ISBN 978-987-3831-85-0

1. Ensayo Filosófico. 2. Ecología. 3. Ecología Animal. I. Huarte, Valentin, trad. II. Título.

CDD 577

Título original: *The Eye of the Crocodile*

Autora: Val Plumwood

Edición original © 2012 by ANU Press The Australian National University

Esta edición © Editorial Cactus, Buenos Aires, 2024

Traducción: Valentín Huarte Guerra

Revisado por: Sebastián Puente

Collage de portadas: María Fernanda La Iglesia

Diagramación: M.Á.

Impresión: Talleres Gráficos Elías Porter y Cía. srl

ISBN: 978-987-3831-85-0

IMPRESO EN LA ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

🌐: www.editorialcactus.com.ar

✉: info@editorialcactus.com.ar

Val Plumwood

EL OJO DEL COCODRILO

Editado por Lorraine Shannon

Traducción de Valentín Huarte



Editorial Cactus

serie **OCCURSUS** CONSEJO
Y DOS

ÍNDICE

Prefacio	7
Introducción (por Freya Mathews, Kate Rigby, Deborah Rose)	9

PARTE I

1. Encuentro con el depredador	21
2. Yekke. La estación seca en el País de Piedra	41
3. La sabiduría de la piedra caballera: universo paralelo y perspectiva de la presa	59

PARTE II

4. Velorio wómbat. En memoria de Birubi	79
5. Babe: el cuento de la carne que habla	87
Corazón sin prejuicios	87
La paradoja de la carne que habla	93
El modelo comunicativo	98
Comunicación y antropomorfismo	105
La carne y el contrato colonizador	111

PARTE III

6. Animales y ecología: hacia una mejor integración	121
Animalismo ecológico contra veganismo ontológico	121
¿Abstención del uso o uso respetuoso?	126
Discontinuidad, cultura y naturaleza: demonizar y excepcionalizar la depredación	131
Universalismo y etnocentrismo	135
Pertinencia para el activismo	140
7. De mal gusto: hacia un enfoque alimentario de la muerte	145
El alimento y la muerte	145
Ateísmo, excepcionalismo y cielismo	147
La muerte animista es otra historia	151

Obras citadas	155
---------------------	-----

Agradecimientos

La editora desea agradecer a las siguientes revistas por haber autorizado la utilización de material previamente publicado:

Una versión del capítulo uno apareció bajo el título “Being Prey” en *Terra Nova*, vol. 1, núm. 3, verano, 1996, pp. 32-44.

“Animals and Ecology: Towards a Better Integration” es reproducido con el permiso de *Food for Thought*, ed. S. Sapontzis, Prometheus Books, New York, 2004, pp. 344-358.

“Tasteless” es reproducido con el permiso de *Environmental Values*, vol. 17, núm. 3, 2008, pp. 323-330.

La editorial saluda la grata colaboración de la Dra. Denise Russell, editora de *Animal Issues*, para obtener el permiso para la reproducción de material publicado: “Biribi, in Memoriam: A Wombat Wake” es reproducido con permiso de *Animal Issues*, vol. 4, núm. 1, 2000, pp. 21-29, y “Babe, the Tale of the Speaking Meat”, con permiso de *Animal Issues*, vol. 1, núm. 1, 1997, pp. 21-35 y vol. 1, núm. 2, 1997, pp. 21-30.

Prefacio

Val Plumwood fue investigadora y escritora feminista, autora de tres libros y de más de ochenta artículos. Sus libros principales, *Feminism and the Mastery of Nature* y *Environmental Culture: The Crisis of Reason*, publicados por Routledge en Londres en diciembre de 1993, fueron aportes fundamentales a la filosofía medioambiental y feminista. Después de haber reflexionado largamente sobre la experiencia de haber sobrevivido a un ataque de cocodrilo ocurrido en febrero de 1985 en Australia, en el magnífico parque nacional Kakadu (locación de *Cocodrilo Dundee*, filmada pocos meses después del ataque), Val Plumwood sintió que estaba preparada para escribir un relato que es mucho más que una historia de aventuras. En efecto, la autora aborda en este texto la cuestión del sentido de nuestras vidas y algunos de los problemas filosóficos fundamentales de nuestra época. Desafortunadamente, no había terminado de escribirlo cuando encontró la muerte. *El ojo del cocodrilo* reúne los únicos tres capítulos terminados de aquel libro incompleto y una serie de escritos anteriores que tratan sobre los animales, la muerte y la depredación.

Val pensaba el cocodrilo como lo pensaban los indígenas australianos y los relatos del antiguo Egipto, como un personaje embustero, un juez capaz de dictar sentencia sobre un humano errante. En la metáfora bíblica, el cocodrilo falla en contra de las pretensiones humanas de dominar un mundo maleable. Hoy el cocodrilo es uno de los últimos grandes depredadores de seres humanos, una criatura que no nos percibe en los términos pomposos en los que tendemos a vernos a nosotros mismos, como ciberamos o tecnodioses que trascienden el simple reino animal, sino meramente como un sabroso alimento. El hecho de que los cocodrilos depreden humanos sigue teniendo la propiedad singular de recordarnos algo incómodo y poco halagador acerca de quiénes somos, de enseñarnos una antigua lección que solemos olvidar en perjuicio propio y que trata sobre la cualidad inconquistable de un mundo que creemos dominar.

Los tensos capítulos que abren este libro cuentan una historia de lucha y supervivencia enmarcada en el poderoso paisaje del Top End de Australia. Como escritora feminista y filósofa medioambiental, Val Plumwood miró dentro del ojo del cocodrilo y reflexionó sobre el significado de su experiencia de convertirse en presa del animal. Esta experiencia cambió su perspectiva sobre la individualidad, y sobre la vida y la libertad humanas. El relato dominante de la cultura occidental pone en el centro de la historia una conciencia racional heroica, que lucha por reducir la energía, el exceso y la alteridad de la naturaleza a un orden moralizado y humanizado que hará su voluntad y reflejará su propia concepción de sus méritos. Val Plumwood nos muestra cómo el cocodrilo concebido como un embustero puede ayudarnos a redefinir el antiguo relato antropocéntrico dominante en términos de una historia más modesta y adecuada a esta nueva época.

Pocas personas resistieron tres giros de la muerte de un cocodrilo marino, acaso el depredador de humanos más formidable que queda en este mundo, y vivieron para contarlos. *El ojo del cocodrilo* no es solo una historia de supervivencia. Es una reflexión única sobre el sentido de la identidad, la lucha y la muerte humanas, escrita por una narradora que también fue una gran filósofa ambiental.

Introducción

Freya Mathews, Kate Rigby, Deborah Rose

Val Plumwood fue una de las grandes filósofas, activistas, feministas, docentes, y naturalistas amateurs de finales del siglo xx y principios del xxi. Escribió dos importantes monografías filosóficas que se convirtieron en textos clave en los campos emergentes de la filosofía ambiental y el ecofeminismo. Su estatura como pensadora influyente y poderosa le valió la inclusión en el libro *50 Key Thinkers on the Environment*¹, junto a luminarias como Buda, Gandhi y Arne Naess. Val murió por un acv en 2008, a los 68 años. No solo fue una pensadora ambientalista influyente –su libro *Feminism and the mastery of nature* es un clásico de la filosofía ambientalista–, fue una mujer que vivió sin miedo, con sus propias reglas, a menudo en contra de las normas preestablecidas.

La filosofía de Val tuvo sus orígenes en –y contribuyó vigorosamente a– un momento crucial del pensamiento occidental. En los setenta, una crítica de las concepciones tradicionales y occidentales acerca de la naturaleza surgió simultáneamente en extremos opuestos del mundo occidental: Australia y Noruega. La crítica noruega provenía del

¹ J. Palmer, ed., *50 Key Thinkers on the Environment*, Routledge, London, 2001.

filósofo Arne Naess, que se convertiría en el fundador del movimiento de la ecología profunda. Menos conocida, pero igual de incisiva, la crítica australiana venía de un pequeño grupo de filósofos de la Universidad Nacional de Camberra. Val –entonces conocida como Val Routley– y su compañero, Richard Routley –luego se llamaría Richard Sylvan– eran los miembros clave de este grupo. Igual que Arne Naess, identificaban que los problemas ambientales que estaban surgiendo en ese entonces no eran solo un mero resultado de políticas y tecnologías fallidas, sino de actitudes subyacentes hacia el mundo natural que se habían construido en los propios cimientos del pensamiento occidental. Según los Routleys, estas actitudes eran la expresión del *chauvinismo humano*: la creencia sin fundamento, que se reduce solo a un prejuicio, de que moralmente hablando solo importan los humanos, y que todo lo demás, de acuerdo con esta actitud, importa en la medida en que tiene alguna utilidad para nosotros. Juntos, los Routleys desafiaron este supuesto. Juntos, plantearon una pregunta central: “¿existe la necesidad de una nueva ética ambiental”, una ética de la naturaleza?².

Las preguntas que desenterraron y abordaron los Routleys y sus colegas en los setenta ayudaron a fijar la agenda de una filosofía ambiental. En aquellos primeros días, escribían principalmente para otros filósofos, y siendo tanto lógicos como pensadores ambientales, sus artículos se basaron fuertemente en los vocabularios de la lógica y la semántica. Esta formación en lógica les dio a los Routleys un enorme músculo intelectual, y luego, en *Feminism and the mastery of nature*, Val aprovecharía su formación en lógica teórica con un inspirador análisis de la lógica del pensamiento dualista. Sin embargo, el registro técnico de aquellos primeros escritos, implicó también que, a diferencia de

² Richard Routley, “Is there a need for new, an environmental ethic?”, en Sophia, Vol. 1 (actas del 15º World Congress of Philosophy, 1973). Si bien el artículo original se publicó bajo el nombre de Richard, en gran medida Richard y Val lo trabajaron conjuntamente, y fue republicado varios años después como “Human chauvinism and environmental ethics”, en Don Mannison, Michael McRobbie y Richard Routley, eds., *Environmental Philosophy*, The Australian National University, Canberra, 1982.

la ecología profunda de Naess, la versión del ambientalismo radical de los Routleys no obtuviera la popularidad que merecía por fuera de la academia.

Sin embargo, los Routleys eran tan militantes como filósofos, y en 1975 publicaron un libro fundamental del activismo que llegó a un público más general. Se trataba de *La lucha por los bosques*, una crítica integral, económica, científica, sociopolítica y filosófica, de la industria forestal australiana. Como señaló David Orton en un ensayo conmemorativo después de la muerte de Sylvan en 1996, este libro no solo fue pionero en su enfoque exhaustivo del problema ambiental, sino también en su insistencia en que los conflictos más fundamentales en el sector forestal eran sobre valores, no sobre hechos³.

En los setenta, Val y Richard construyeron una apartada casa de piedra en la selva tropical de Plumwood Mountain, al sur de Camberra. La hicieron ellos mismos, con las piedras halladas en el mismo terreno, y mientras tanto, escribieron algunos de los artículos fundamentales que darían forma a la filosofía ambiental. La increíble sociedad creativa de los Routley comenzó a romperse a principios de los ochenta, y siguió el divorcio. Val se quedó en la montaña y adoptó el nombre del magnífico árbol de ciruelo [*plumwood*] que era la especie característica de aquél ecosistema de selva tropical (para ese entonces, Richard también cambiaba su apellido a Sylvan). Para Val seguía siendo importante vivir los valores ecológicos que se dedicaba a teorizar, pues como lo habría expresado Heidegger, el “pensamiento” fluye naturalmente del “construir” y “morar” en el corazón de su montaña.

La cuestión que siguió preocupando a Val durante este período fue la del antropocentrismo. Junto con otros, veía que el antropocentrismo como sistema de valores se basa en el supuesto de que existe una distinción categórica entre humanidad y naturaleza: los seres humanos están dotados de algo que al resto de la naturaleza le falta. Por supuesto, se asume que ese “algo” es la mente. Igual que las plantas, animales y piedras, estamos hechos de materia, pero además de nuestro cuerpo

³ D. Orton, “In memory of Richard Sylvan”, *The Trumpeter*, Vol. 14 No. 1, 1997.

material, poseemos mentes, y de algún modo, la mente es categóricamente distinta del cuerpo, y superior a él.

A la división conceptual entre humanidad y naturaleza subyace entonces una oposición conceptual profunda entre mente y materia, que se refina, en la tradición occidental, en la oposición entre razón y naturaleza. En su tesis doctoral, publicada en 1992 como *Feminism and the mastery of nature*, Val ofreció un análisis exhaustivo sobre cómo esta división entre razón y naturaleza había sido históricamente construida y cómo informa muchas de las categorías fundacionales vigentes del pensamiento occidental. Su análisis de tal dualismo o pensamiento binario de ningún modo fue el primero, pero sí el más completo dentro de la literatura ambientalista. De manera brillante mostró cómo este sistema dualista de pensamiento creaba jerarquías de valores que sistemáticamente inferiorizaban a todos los términos que terminaban más asociados a la naturaleza que a la razón: las mujeres, la clase trabajadora, los colonizados, los indígenas, así como todo el mundo no-humano. Así, demostró que la ideología que sostiene a la dominación de la naturaleza en el Occidente contemporáneo es simultáneamente una ideología que legitima y naturaliza el dominio de múltiples grupos sociales subyugados. La implicancia era que el ambientalismo y las luchas por la justicia social no podían estar separadas. Más aún, mientras no se revisen los supuestos subyacentes de nuestro pensamiento social y ambiental, estos patrones de opresión seguirán siendo inevitables. Necesitamos una nueva comprensión de lo humano y de la naturaleza que cierre el abismo conceptual que los separa. Esto significa volver a poner la mente en la materia: restaurar la inteligencia en el cuerpo y la agencia en la naturaleza.

En su libro *Cultura ambiental* (2002), Val elaboró su original análisis del dualismo, especialmente de la razón, y aplicó este marco analítico, de una manera absolutamente actual, a problemas de la ciencia, la política, la economía, la ética, la espiritualidad y la ecología misma. Abogó por una forma de racionalidad ecológica que reemplazaría el racionalismo instrumentalizador que caracterizó a la tradición occidental y que alcanzó su apogeo en la modernidad del mercado global

contemporáneo. Luego de este libro, Val comenzó con la elaboración de ensayos que incorporaban cada vez más historias a los argumentos filosóficos. Habiendo desarrollado un poderoso marco analítico, quería encontrar modos de seguir comunicando la pasión de su vida, y tener impacto en los lectores por fuera del mundo académico. Como escribió en su hermoso ensayo “Journey to the Heart of Stone”, “la escritura creativa también puede jugar un rol importante visibilizando nuevas posibilidades para maneras de experimentar el mundo radicalmente abiertas y no reductivas”⁴.

Claramente, Val había empezado a creer que no alcanzaba con diagnosticar los problemas. Habían pasado décadas desde que junto a Richard se habían hecho la pregunta crucial: ¿necesitamos una nueva ética, ambiental? Girando hacia la imaginación y lo creativo, ella estaba haciendo una propuesta cultural y política: “Si nuestra especie no sobrevive a la crisis ecológica, probablemente se deba a nuestro fracaso en imaginar y elaborar nuevos modos de vida con la Tierra, en reelaborarnos adaptativamente a nosotros mismos y a nuestras sociedades de alto consumo, alta demanda de energía, e hiperinstrumentales. Seguramente ha llegado el tiempo del *Homo reflectus*, el que se critica y se revisa a sí mismo. El *Homo faber*, el chapucero negligente, claramente no sobrevivirá. Seguiremos adelante con un modo de humanidad diferente, o no seguiremos nada”⁵. Mientras continuaba su trabajo como activista forestal, en su escritura estaba dando un giro hacia las historias y desarrollando un interés en el nuevo campo de estudios literarios y culturales de orientación ecológica o ecocrítica. En 2002 fue invitada a presentar una clase magistral en la conferencia bianual de la Asociación para el Estudio de la Literatura y el Medio Ambiente (Reino Unido), que la llevó a incursionar en un modo más lírico de escritura filosófica, como se

⁴ Val Plumwood, “Journey to the Heart of Stone”, en *Culture, creativity and environment: New environmentalist criticism*, eds. F. Beckett y T. Gifford, Rodopi, Amsterdam, 2007, p. 17.

⁵ Val Plumwood, “Review of Deborah Bird Rose’s Reports from a wild country”, en *Australian humanities review*, Vol. 42, 2007.

puede ver en su bello homenaje a la piedra en el volumen surgido de ese encuentro (2007). En sus palabras, “los escritores están entre los primeros que nos pueden ayudar a pensar diferentemente”. Con “escritores” se refería a narradores, poetas y otros comunicadores creativos que pudieran producir relatos reavivados o reanimados de la agencia y creatividad de la naturaleza⁶.

Aunque en sus escritos posteriores comenzaba a relacionar más explícitamente sus reflexiones filosóficas con experiencias personales destacadas, Val era reacia a la idea de escribir un libro de memorias. Sin embargo, para su entorno estaba claro que ella no había sido ajena a la adversidad y el sufrimiento. Val nació en las vísperas de la Segunda Guerra, en una familia relativamente pobre pero de buen nivel educativo, que vivía en un pequeño terreno cedido por el gobierno en las afueras de Sydney. Durante un tiempo su madre la educó en su casa, lo que le dejó mucho tiempo para explorar los matorrales locales y vincularse con las gallinas de la familia –la venta de sus huevos complementaba los magros ingresos del padre–. Posteriormente se destacó en la escuela y recibió una beca para estudiar en la Universidad de Sydney, de donde se graduaría en Filosofía con honores en 1965. En ese período quedó embarazada de un compañero de estudios, John Macre, con quien luego se casó. Su hijo nació en 1958, y lo siguió una niña en 1960. Sin embargo, las dificultades emocionales y financieras para mantener dos pequeños fueron abrumadoras para estos dos padres jóvenes, y Val se sintió obligada a dar a su beba en adopción para poder continuar con sus estudios. Trágicamente, su hija, a la que ya habían perdido una vez, fue asesinada en su adolescencia, mientras que su hijo falleció por una enfermedad degenerativa a los 20 años. Aunque Val nunca escribió sobre el dolor de estas terribles pérdidas, contó su lucha por mantener el pequeño cementerio rural donde yace su hijo como un

⁶ Val Plumwood, “Nature in the active voice”, *Australian humanities review*, Vol. 46, 2009, pp. 113-129.

lugar donde la muerte puede ser reincorporada a la vida permitiendo que la vegetación nativa florezca sobre y alrededor de las tumbas⁷.

Uno de los acontecimientos más famosos de su vida fue el ataque por parte de un cocodrilo que sufrió en 1985, y sobre este evento es que estaba escribiendo cuando murió. Mientras navegaba sola en canoa en el Parque Nacional Kakadu, al norte de Australia, al comienzo de la temporada de lluvias, un cocodrilo gigante la atrapó e hizo un giro de la muerte, no una, sino tres veces (los cocodrilos ahogan a sus presas manteniéndolas bajo el agua). Inexplicablemente liberada de las fauces del cocodrilo después del tercer giro, se arrastró durante horas, con heridas espantosas y un coraje asombroso, a través de pantanos tropicales, siempre cerca de más cocodrilos, en busca de resguardo. Finalmente, de alguna manera milagrosa, fue rescatada por un guardaparques. Por supuesto que esta experiencia épica le dio credenciales únicas, en cuanto que pensadora ambiental, para escribir acerca de la muerte y su lugar en la naturaleza, lo cual hizo en una serie de ensayos bellos y muy leídos sobre el humano como presa y comida para la naturaleza. En sus últimos años, estaba muy preocupada en rever la muerte y revisar, en términos ecológicamente apropiados, los rituales que la acompañan en nuestra sociedad.

Los ensayos incluidos en este libro están divididos en tres partes. Los primeros tres comprenden el principio del libro en el que estaba trabajando al momento de su muerte. A partir de su propia experiencia cercana a la muerte en Kakadu, estos capítulos se ocupan específicamente de la depredación de los cocodrilos sobre los humanos. Este fenómeno nos recuerda –apunta Val– algo incómodo y poco halagador sobre quiénes somos, enseñándonos una lección proveniente del pasado, que olvidamos a nuestro propio riesgo, sobre la resistente capacidad de acción del mundo material que creemos dominar. Esperamos que este mundo cumpla nuestras órdenes y se ajuste a una concepción humana de nuestros derechos, pero como muestra Val,

⁷ Val Plumwood, “The cemetery wars: Cemeteries, biodiversity and the sacred”, *Local-Global: identity, security and community*, Vol. 3. Edición especial: *Exploring the legacy of Judith Wright*, eds. Martin Mulligan y Yaso Nadarajah, 2007, pp. 54-71.

el cocodrilo puede ayudarnos a transformar esta antigua narrativa del dominio humanocéntrico en una historia más modesta y adecuada a nuestros tiempos.

Los ensayos de la segunda sección se encargan de los animales no humanos, y expresan el creciente interés de Val en la complejidad de las vidas no humanas y en los tipos de preguntas que enfrentamos cuando consideramos a los otros no humanos como agentes sintientes, incluso tal vez como parientes. El primer ensayo examina el duelo humano ante la muerte de un wómbat salvaje y celebra la relación entre la autora y este animal. El segundo usa la película *Babe* como ejemplo de la manera en que un trabajo de representación puede plantear diversas cuestiones ético-políticas que yacen en el corazón de las relaciones humano-animal.

La tercera sección abre con un ensayo que brinda una excelente introducción al pensamiento de Val en sus últimos años de vida sobre las relaciones entre humanos y animales. Se concentra en el trato a los animales de granja y aboga por un animalismo ecológico que apoya y celebra a los animales, y estimula una ética dialógica de intercambio y negociación o asociación entre humanos y animales. El capítulo final entreteje la historia del cocodrilo con la historia de las “guerras de los cementerios”⁸ en una tentativa por repensar los modos en que nuestra cultura enfrenta la muerte, incluyendo especialmente la materialidad del cadáver. Ambas narrativas están vinculadas porque ven a la vida en circulación y sugieren que las prácticas mortuorias podrían afirmar a la muerte como una oportunidad de vida para otros en una comunidad ecológica. Como este capítulo contiene una cantidad importante de repeticiones de partes de capítulos anteriores, decidimos publicar una versión condensada, puesto que el material sobre la muerte, y en particular sobre el lugar donde está enterrado el hijo de Val, nos pareció apropiado para darle cierre al libro.

La preocupación visionaria sobre la cuestión de la muerte en los años finales de la vida de Val fue honrada tras su fallecimiento por el improvisado círculo de amigos y colegas que espontáneamente se juntaron

⁸ Idem.

en una suerte de “grupo de amigos de Val” para organizar su funeral y poner sus cosas en orden. Venciendo grandes obstáculos prácticos y burocráticos, los miembros de este pequeño grupo consiguieron un permiso para hacer un entierro casero en Plumwood Mountain. Val fue debida y respetuosamente inhumada, en un despliegue de poética ecológica, en el bello jardín que había creado alrededor de la casa construida con sus propias manos con las piedras de la montaña. Aún en su muerte, nos guió con su ejemplo ecológico.



PARTE I

1.

Encuentro con el depredador

Intente mirar a un cocodrilo en ese ojo que apenas asoma sobre el nivel del agua del pantano. ¿Detecta algún reconocimiento de su humanidad? Si el cocodrilo está satisfecho, usted es una cosa sin importancia, si está hambriento, una presa a devorar.

El ojo del cocodrilo es una metáfora jobiana del mundo. No es la única, pero sí acaso la que merezca más atención por parte de aquellos que exigen que “dios” o la “naturaleza” estén diseñados única y exclusivamente para ellos.

William E. Connolly, “Voices from the Whirlwind”, en Jane Bennett y William Chaloupka (eds.), *In the Nature of Things* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993, p. 205)

No importa cuánto tiempo flote el tronco en el río, jamás se convertirá en un cocodrilo.

Proverbio africano

Mi historia comienza y termina en el norte tropical de Australia, en el País de Piedra de la Tierra de Arnhem, tierra rocosa que el cielo, el viento y el agua esculpieron hasta dotarla de formas inmensas y fantásticas. Aquí el poder abrasivo de los vientos de la estación seca es igualado por el poder de las tormentas de la estación húmeda, cuyas lluvias golpean la tierra desde diciembre hasta abril.

Siluetas de piedra amortajadas y enormes cabezas de arenisca contemplan esta región formada por la vigorosa lucha conyugal entre la madre tierra y el padre cielo. La energía de esta lucha, acaso tan apasionada como desgastante, entre la placa de arenisca y una atmósfera hiperactiva y calurosa, forjó sobre la enorme meseta de piedra ruinas extrañas y laberínticas, que son una revelación constante de la infinita variedad de esta historia de la tierra que es la piedra erosionada.

Piedra, viento y agua moldean juntos este suelo. El poder del País de Piedra es evidente en la inundación anual del estuario inferior,

tan crucial para la ecología de la región de Kakadu. Para las culturas humanas que habitaban el fértil estuario del East Alligator y de otros ríos alimentados por el País de Piedra, culturas que tenían una relación fundamentalmente nutricional con su tierra, era un sitio abundante en alimentos y belleza natural en el que, no obstante, la humanidad debía ubicarse en relación con otras tantas fuerzas y elementos poderosos. La clave de la vida en este entorno es Ngalyod, la Serpiente Arcoíris, que tiene el poder del agua. Sus ciclos son majestuosos y creativos. Cuando el arcoíris de la estación húmeda recorre el firmamento, Ngalyod recicla la vida y completa la integración anual de tierra, cielo y agua.

* * *

Supongo que siempre fui del tipo de personas que “van demasiado lejos”, y no cabe duda de que fui mucho más que demasiado lejos aquel día torrencial de la estación húmeda de febrero de 1985, cuando remé sobre mi pequeña canoa roja hasta el punto en el que el río East Alligator surge del País de Piedra de la meseta de Arnhem. No era un buen sitio para estar el primer día del monzón, cuando el Señor del rayo lanza el arcoíris a través del cielo y las lluvias torrencales comienzan a azotar la tierra. Las lluvias, que drenan en los miles de kilómetros cuadrados de la meseta de arenisca, desatan inmensas crecidas estacionales que corren río abajo y sumergen durante medio año las tierras de la planicie aluvial. Fue en ese lugar, mientras el agua, cayendo sin pausa, reunía la tierra y el cielo, donde tuve un encuentro cercano con un cocodrilo. Mi maestro saurio era un luchador eminente y fue mucho mejor juez que yo de mi personalidad incauta, de la naturaleza precaria de la vida humana y de tantas otras cosas que yo necesitaba aprender y que desde entonces me esfuerzo por enseñarles a otros.

No es una característica menor ni superflua de nuestra existencia humana el hecho de que seamos alimento, cuerpos jugosos y nutritivos. Sin embargo, mientras miraba el ojo del cocodrilo me di cuenta de que en la planificación de este viaje río arriba le había prestado poca atención a este importante aspecto de la vida humana, a mi propia

vulnerabilidad en cuanto que animal comestible. Esta era la tierra del más grande de los cocodrilos vivos, pariente cercano de los antiguos dinosaurios, el cocodrilo marino o de estuario. No hace tanto tiempo, los cocodrilos marinos eran considerados una especie en peligro de extinción. Prácticamente todos los animales adultos de los ríos y lagos del norte de Australia habían sido cazados con fines comerciales. Pero después de más de una década de protección, los números habían empezado a mejorar. El cocodrilo marino es un depredador de humanos desde tiempos inmemoriales, una criatura capaz de moverse tan rápido que el ojo humano la percibe como un relámpago. Me costaba determinar el tamaño del que había atacado y perseguido mi canoa, y que ahora tenía su mirada fija en la mía, porque todo su cuerpo, con excepción de la cabeza, estaba sumergido bajo el agua turbia. En cualquier caso, estaba claro que yo le había llamado mucho la atención. Ahora sé que un animal capaz de brindarle una impresión equívoca de su propio tamaño a su pretendida presa, también es capaz de provocar en esta una percepción menos engañosa de quién y de qué es.

Por supuesto, en un sentido abstracto y remoto, sabía que sucedía, sabía que los humanos eran animales y que algunas veces –muy pocas– eran devorados por otros animales. Yo sabía que era alimento para cocodrilos, que mi cuerpo, como el de ellos, estaba hecho de carne. Pero, de nuevo, en un sentido más concreto, *no* lo sabía, lo negaba absolutamente. En cierto modo, el hecho de ser alimento para otros nunca me había parecido real, al menos no en el sentido en que me parecía ahora, mientras estaba de pie sobre mi canoa, bajo una lluvia incesante, mirando los hermosos ojos salpicados de motas doradas del cocodrilo. Hasta ese momento, yo sabía que era alimento del mismo modo remoto y abstracto en que sabía que era un animal, que era mortal. En el momento de la verdad, el conocimiento abstracto se vuelve concreto, mientras contemplamos con perplejidad muda que nuestra propia muerte, a la que conocíamos solamente como una extraña imprecisa y distante, de pronto se alza ante nosotros con todo detalle y a todo color, y con la voz entrecortada nos confesamos incrédulamente que una criatura poderosa puede ignorar nuestra condición especial y tratar de comernos.

¿Cómo había llegado a equivocarme tan terriblemente respecto de mí misma, mi lugar y mi cuerpo? Es la pregunta que me hice con el típico espíritu de estupidez seria y desasosiego que tiende a arruinar los momentos finales. ¿Era un error filosófico sobre la identidad, sobre el ego concebido como una conciencia incorpórea, dissociada del ego en cuanto que cuerpo material que nos provee de alimentos? ¿O era la idea de que los humanos son especiales, de que están separados y por encima de otros animales? En cualquier caso, no tuve ninguna oportunidad real de ponderar la génesis cultural de mi falsa conciencia, porque en aquel momento el cocodrilo tomó la iniciativa, saltó del agua tan rápido que apenas llegué a percibir un destello, y me tomó dolorosamente por entre las piernas, antes de tirarme al agua. Tampoco le di más vueltas al asunto ese mismo día más tarde, mientras yacía, terriblemente herida, en el camino de la creciente que se acercaba. Pero desde entonces tuve muchos años para pensar en estas ilusiones desastrosas y tratar de encontrarles una causa.

* * *